

0. LA PRODUCCIÓN DE LECHE Y EL MEDIO AMBIENTE

La revisión del sistema INRA (INRA, 2018) permite calcular las posibles deyecciones en N y metano de una ración formulada.

Hoy, como siempre, la mayoría de nutricionistas prácticos formulan a su aire, adaptan lo que les conviene del sistema INRA o del NRC, hacen un mix y, también, calculan las valoraciones nutritivas de los ingredientes analizados mezclando conceptos y, en muchos casos, sin saber el método empleado.

Desde 1978, cuando INRA publicó el primer libro rojo de racionamiento, excepto los profesionales de Extensión Agraria y de las escuelas de agronomía, pocos profundizaron en el sistema de ingestión basado en unidades de *encombrement* (hartazgo, lastre, repleción), y casi nadie entró en la comprensión de la tasa de sustitución entre forrajes y concentrados. Era un tiempo de crecimiento.

Es más fácil racionar según la materia seca, según la proteína bruta, obviando el rendimiento decreciente o la depresión de la digestibilidad, siempre con un objetivo: aumentar la producción. Se ha asumido que las vacas tienen una vida útil corta, y una baja más o menos debido a las disfunciones digestivas y metabólicas no afectará la consecución del objetivo.

Allá por los años 50 del siglo XX cuando a las vacas de leche se las empieza a dar concentrados, esta producción compite con las otras por el tipo de alimento. O dicho de otro modo, cuando la vaca no sólo come forraje sino que también consume concentrados, se entra en un equilibrio inestable.

El medio ambiente, el cambio climático, el bienestar animal, son aspectos que están muy bien, loables, pero que si lo arreglan los demás, mejor. Es como la desigualdad económica y social, a la que poco podemos contribuir en atenuar de manera individual. Pero sí hay una fórmula de la que no podemos olvidarnos, es la que concierne a nuestra parcela: mantener los márgenes limpios, por dentro y por fuera. Si produces sin límites eres insolidario, y somos responsables. No hay derecho que no lleve a un deber.

El nitrógeno urinario, el nitrógeno fecal y el metano son tres deyecciones que provienen del mantenimiento y de la producción de las vacas de leche. Podemos olvidarnos y argumentar que la producción no es responsable del cambio climático, ni de la contaminación de los acuíferos. De hecho, en plena pandemia, han circulado panfletos virales en los que se decía que la contaminación no la provocan las vacas en producción. No hay que engañarse, no sólo la producción de leche es responsable, pero también lo es. Ni hay seriedad ni vergüenza. Sólo hay autocomplacencia.

Si se acumulan muchas vacas en una sola explotación, sin suficiente superficie, se daña el terreno y la atmósfera en mayor proporción que cuando la densidad es menor. Estercoleros estancos, sí, pero algún día se deben vaciar, y ¿dónde va a parar? No es lo mismo una explotación de 200 vacas que dos de 100, a efectos contaminantes, ya que la distribución en la superficie debe guardar la proporción necesaria para absorber las deyecciones. Antiguamente la distribución de los pueblos a lo largo de un río guardaba una relación lógica para que los desechos se absorbieran entre pueblos. Lo mismo con la explotaciones.

No se puede producir sin tener en cuenta las limitaciones del entorno. Una buena política agraria debería estimular que cada explotación regenere sus desechos. Repartir estiércoles y purines entre explotaciones productoras y campos de prados alejados no es más que una trampa administrativa de repartir culpas. Si no hay racionalidad social no podemos dejar de serlo nosotros en nuestra parcela.

En la próxima entrega trataremos de unos ejemplos de raciones para vacas de leche y las deyecciones, con un solo objetivo: saber en qué se contamina y procurar bajar el nivel.